

MISERIA NEURÓTICA Y MISERIA ORDINARIA*

Hay un giro que se produce en ciertos análisis en los que el analizante camina hacia el reconocimiento de lo siguiente: que su historia, y todo lo que ha constituido su realidad, tan poco inteligible como repetitiva, sí tenían una causa, y que ella se ubica siempre en ese objeto descrito por Freud como el objeto esencialmente perdido, lo que no impide ser vuelto a encontrar constantemente.

Este giro plantea preguntas interesantes que conciernen, por ejemplo, la significación de la depresión que lo envuelve (¿se trata de una simple reemergencia de la posición depresiva de Melanie Klein o bien de otra cosa?), que concierne de esta forma el destino de la transferencia, una vez que se toma este giro. Tratar estas cuestiones me alejará demasiado de mi objetivo; por el contrario, dos observaciones son indispensables:

La primera es que todo análisis, es decir, todo discurso en el análisis, se encamina por su propio movimiento hacia ese viraje; es por cierto algo que no deja de sorprender; no se comprende por qué el discurso analítico se encamina en todos y en cada uno hacia ese mismo foco; toda la teoría de

la relación del sujeto con el significante está hecha para responder a esa pregunta. Y, hasta nueva orden, sólo esta teoría responde a la pregunta sobre el fin del análisis. Es por ello que puede decirse, en efecto, que esta teoría continúa, hasta nueva orden, sin equivalente, tal como Lacan no dejaba de recordarlo, por cierto.

La segunda observación es que el hecho de que el discurso analítico camine hacia ese viraje, no quiere decir que ese viraje sea siempre tomado o siempre efectuado; ello no sucede sino muy raramente, tan raramente que diré que un analista, al término de su carrera, se sentiría feliz si pudiera contar con los dedos de la mano el número de análisis conducidos hasta su término. Hay aquí otros analistas que tienen décadas de práctica tras ellos; pueden contradecirme si encuentran que lo que digo es falso.

Se recuerda la célebre afirmación de Freud: Ellos (es decir los psicóticos) aman a sus delirios como a sí mismos; para los neuróticos, uno quisiera establecer una equivalencia análoga entre el amor que sienten por sí mismos y la ignorancia de sus fantasmas.

Hablo de los fantasmas porque el giro evocado más arriba es también el que se ha descrito al hablar de la «travesía del fantasma». Esta travesía aparece como una operación tan misteriosa que los que hablan de ella nos producen a veces el sentimiento de nadar en un mar de brumas. De hecho —lo digo sin poderlo apuntalar como conviene aquí mismo— esta travesía consiste en sólo esto: que el sujeto se da cuenta al fin del valor metafórico inscrito, sin saberlo, en tal recuerdo encubridor así como en la lengua, en la medida en que la lengua es pansexualista —puede leerse aquí el *Diccionario erótico* de Guiraud—.

* Texto traducido por el grupo de la revista Posiciones.

En una palabra, se llega aquí a un límite o algo que se le parece, pero que no es un límite del análisis y que no se confunde tampoco con lo que se llaman casos límites. No es un límite del análisis puesto que el hecho es que este viraje se realiza, así no sea sino una vez; y ello prueba que el límite no es intrínseco al análisis. No se trata de un límite de la eficacia terapéutica del análisis, pues, ustedes bien lo saben, que para hacer desaparecer un síntoma o para levantar una inhibición, basta con que el sujeto pueda descifrar una figura, que calificaré incluso como una figura derivada del objeto fundamental de su fantasma. Si fuera necesario para obtener un efecto terapéutico que el sujeto fuese hasta el descubrimiento, no del objeto de su fantasma sino de la equivocación en que está con respecto a ese objeto (porque uno no descubre este objeto, puesto que es no especular por definición); si ello fuese necesario, hace mucho tiempo que los psicoanalistas habrían perdido la mayoría de su clientela.

Para precisar un poco la diferencia que acabo de mencionar con respecto al descubrimiento, no del sujeto, sino precisamente de la equivocación subjetiva que concierne a este objeto, haré alusión a lo que hemos escuchado ayer del señor Mourey como cita en relación con la forma en que Nacht interpreta el gesto; o de la paciente que, en el curso de las entrevistas preliminares, movía su pie. Por mi lado, no veo por qué el analista se privaría de la mirada clínica más que de la escucha clínica; pero lo que testimonia sobre su carácter salvaje –por no decir proyectivo– de esta interpretación, es que toma su interpretación por la verdad verdadera, olvidando que se trata justamente de lo siguiente: que esta «verdad» va siempre pareja con una equivocación subjetiva, que hace que se plantee la pregunta sobre si puede hacerse que el sujeto vuelva a ella.

No se trata pues ni de un límite del análisis –iba a decir análisis puro– ni de un límite de la eficacia terapéutica del análisis; se trata menos todavía de lo que se llaman casos límites; ¿Por qué? Porque el retroceso que se produce en el momento en que el discurso aborda lo que Freud llamaba en su lenguaje inicial «el núcleo patógeno», este retroceso se observa en todas las estructuras, quiero decir las estructuras más clásicas, por más analizables que sean. Tomen un obsesivo que, en el curso de su análisis llegue a lo siguiente: a formular la demanda de ser reconocido por ustedes; ¿Qué quiere decir “ser reconocido por su analista”? Como respuesta viene algo del orden de un fantasma preconsciente, que es un fantasma de filiación. A partir de lo cual otro capítulo se abre; y cuando un capítulo nuevo se abre en el análisis, siempre se aborda a partir de los símbolos. Es una observación que todo analista puede verificar. El “mate-

rial” está cargado de símbolos de los que el sujeto nada sospecha en cuanto a su significación, ni siquiera en cuanto a su valor de símbolo. Sin embargo, la significación no se presta a duda: el hijo de dicha filiación no es más que un hijo fecal. Pero a partir del momento en que el discurso toma esta densidad que se sustrae completamente a la ciencia del sujeto, verán a este último batirse en retirada; no quiere más análisis. Una reacción analítica negativa se produce.

En cuanto a la histérica, me pregunto: ¿Quién no ha observado la manera como se espanta, como se eriza, a partir del momento en que el discurso analítico amenaza con cuestionar sus teorías infantiles de la sexualidad? En una palabra, más que de un caso límite, se trata aquí de algo que es del orden de lo imponderable, de lo imponderable que hay en todo análisis; y este imponderable, todos los analistas lo han sentido, empezando por Freud. Piensen por ejemplo en la carta que dirige a Robert Weiss, que seguía con él una especie de control por correspondencia. Le dice, por ejemplo: “Este paciente suyo es un sinvergüenza; deshágase de él lo antes posible. Los mecanismos son neuróticos pero la dinámica falta”. ¿Qué quiere decir que la dinámica falte, cuál dinámica? Se trata allí de algo que tal vez podría explicarse a la luz de una noción de la que no se habla mucho actualmente, la del rechazo de la deuda. Hay algo allí alrededor de lo imponderable del análisis, sin que se trate por ello de ninguna manera de lo que se llamaría una forclusión.

Cuando esta reacción se produce en los análisis llamados didácticos, ello plantea evidentemente problemas bastante delicados, pero éste no es mi tema de hoy. En cambio, cuando se produce en el curso de un análisis terapéutico, sólo le resta al analista, desde el momento en que el analizante ha alcanzado un cierto nivel de bienestar, recoger las apuestas y arreglar una salida honorable del análisis. Naturalmente, aún si en su esencia no es un “savoir-faire”, el análisis terapéutico llama un cierto “savoir-faire” que puede definirse justamente como el arte de arreglar la salida del análisis y no del análisis de la transferencia.

Tomen un ejemplo entre los más clásicos, y que Nunberg hace valer en su artículo célebre sobre la voluntad de curarse. ¿Qué nos dice en ese artículo? Nos dice que la voluntad de curarse esconde siempre un deseo completamente diferente de lo que está invocado en esa voluntad, incluso que le está diametralmente opuesto. Por ejemplo, una mujer viene para curarse de frigidez, cuando su deseo inconsciente es justamente el de conservar esa frigidez; o alguien que viene para salvar su matrimonio cuando su deseo es el de divorciarse, o a la inversa, etc. Sin embargo, la relación no es

siempre tan simple. En el ejemplo clásico al que acabo de referirme, un paciente viene por un trastorno de la función sexual, impotencia o eyaculación precoz. Ahora bien, Numberg no tarda en darse cuenta de que lo que quiere el sujeto no es potencia sexual sino la superpotencia, «el arma absoluta», podría decirse.

Entonces, ¿Quieren ustedes llevar el análisis de un sujeto hasta el punto en que pueda tocar las raíces simbólicas de su subjetividad? Pero eso sería furor psicoanalítico, que puede ser tan peligrosos como el furor de curar, porque simplemente estaría sin proporción con el proyecto del sujeto, cuyo inconsciente no se ha movilizadado más que en la medida estrictamente necesaria para desembarazarse de su síntoma. Una vez que se ha desembarazado de él, no tiene más que un afán: alcanzar lo que Freud llama “la miseria corriente”.

Por esta miseria corriente, no entiendo sólo las cosas contra las que no hay protección alguna posible: la enfermedad, la vejez, la muerte, sin hablar de los golpes de la suerte, de las vicisitudes de la sociedad en que vivimos, etc., sino que hablo también, y sobre todo, de esas dificultades corrientes, por no decir naturales, que marcan la relación entre el hombre y la mujer, y que constituyen sin embargo (esas dificultades) el marco a través del cual caminamos hacia lo que se llama matrimonio, familia, hijos, etc. En una palabra, lo que hace que esa miseria corriente sea también felicidad corriente.

Sólo que, lo que es problemático y que es un problema que sentimos vivamente en el curso de las entrevistas preliminares, es que esta felicidad mediana o esta miseria mediana, nuestros contemporáneos no logran ya soportarla.

Algunos vienen aparentemente al análisis porque toleran mal «el rebajamiento de la vida amorosa»; aspiran a una autentificación completa del Otro, podría decirse. Otros, porque se sienten frustrados en su vida profesional, vale decir que no llegan a zafarse de los delirios de identificación. Pero, más frecuentemente, uno pide el análisis porque no logra educar a sus hijos; y no es necesario que el niño llegue hasta hacer una anorexia o una toxicomanía para que uno se sienta asombrado, un fracaso escolar basta. En otras palabras, acabamos de escuchar una comunicación muy elocuente desde este punto de vista, el estatus de nuestros hijos como siendo nuestros objetos está siendo desnudado cada vez más en nuestros días, sin que este estatus pueda ser aprehendido de otra forma que no sea en nuestras angustias. Hay ahí un fenómeno que no deja de tener relación con la prevalencia del privilegio dado el amor en la ideología actual del matrimonio.

En una palabra, la mayoría de las demandas que hoy recibimos, hacen que se dude en cuanto a qué respuesta darles: puesto que no se trata ya de desembarazar al sujeto de un «síntoma clásico» o de “miseria neurótica”. Pero hay otra razón para nuestra vacilación: en efecto, el fallo de nuestros contemporáneos o prójimo para soportar la miseria/felicidad corriente, no parece estar ligada únicamente al malestar inherente a la civilización como tal. Se trata más bien de un fenómeno que plantea al menos la pregunta de su relación con lo que Illich llama la *némesis médica*. Me refiero a que se duda en aceptar tales demandas de análisis porque uno puede preguntarse si, al aceptarlas sin discusión, no estaremos participando en la operación que está en el fondo de esta *némesis médica*, aquella que consiste en transformar al sujeto no ya en productor, sino en consumidor, en este caso, en consumidor de cuidados.

Esta vacilación se agrava por el hecho de que no sabemos lo que dará un análisis llevado hasta su último término, en el plano de lo que se llama “felicidad”. Una cosa es segura: el paso que en nuestro vocabulario lacaniano puede describirse como la asunción por el sujeto de su falta, da lugar, para expresarme esta vez en los términos rudos de nuestra clínica, a una reducción considerable de los mecanismos proyectivos, ya se trate de la proyección de su dependencia la de la imagen arcaica de la omnipotencia. Lo que equivale a decir que las raíces mismas sobre las cuales se fundan piedad y temor, son arrancadas; el sujeto queda purgado no sólo de esas emociones, sino también de toda propensión o ideología sacrificial. Ahí hay un resultado que vale con seguridad la pena. Sólo que, frente a nuestros contemporáneos, hay más posibilidades de que, en lugar de ir hacia ese término, el sujeto se instale en una “neurosis de transferencia”. La clínica lo confirma cada vez más. Pero quisiera además anotar una observación de orden sociológico que va en el mismo sentido. Ustedes saben que la teoría lacaniana no ha tenido mucho eco al otro lado del Atlántico. Pero sería el colmo de la ingenuidad imaginarse que si esta teoría penetrara en Norteamérica, ello cambiaría algo en el *American way of life*. Por el contrario, diré que, por naturaleza, el *American way of life* engendra neurosis de transferencia frente a las cuales un lacaniano no preconizaría quizá las soluciones cómicas que pueden leerse en la literatura norteamericana, pero no por ello quedará menos impotente que un no-lacaniano.

En medio de estas incertidumbres, la pregunta es: ¿qué es lo que nos guía en la respuesta para dar a la mayoría de las demandas de análisis que hoy recibimos? Una cierta experiencia me ha puesto sobre la vía.

Recibí, hace de esto ya varios años, una demanda de análisis de un joven, que describiré brevemente diciendo que respondía maravillosamente a todo lo que sus allegados esperaban de él. Era brillante, muy popular en los medios en los que circulaba, muy activo. Su demanda de análisis tenía una razón moral, a saber, que sentía que sus relaciones con el otro sexo estaban marcadas por una cierta inautenticidad, y que ello lo molestaba bastante.

Debo decir que, de entrada, no ví en esa aspiración hacia un ideal de autenticidad más que una ingenuidad divertida sin más, así como tampoco me inquietó el carácter demasiado apremiante de su demanda de análisis. Pero, una vez que su análisis entró en acción, se reveló que yo tenía que vérmelas con una estructura del orden de lo que Helen Deutsch describe como la estructura de los personajes «como sí». Sólo que él mismo sentía que su existencia era una existencia como sí. Por cierto, uno puede preguntarse si esa conciencia no forma siempre parte de la estructura descrita por H. Deutsch. Pero lo que había aquí de particularmente perturbador, es que esa conciencia de su existencia como una existencia como sí, se refería a un ideal sexual que se traslucía en él a medida que el análisis se desarrollaba como una certeza inquebrantable: hay alguien que realiza el falo. Una situación surgió en el curso de su existencia que hizo que no pudiera ya hacer la elección entre ser o no ser-ser el falo o no ser el falo. Escogió ser el falo, mediante lo cual perdió tanto el falo como el ser.

Una experiencia como ésta hace que no se sea después el mismo de antes. Lo que hace que desde esta experiencia me siento extremadamente sensibilizado a lo que puede traicionarse en el discurso que oigo de parte del que viene a pedirme un análisis, como certeza, o más bien como posibilidad de que esta certeza deje cuestionarse o no.

Las certezas son múltiples. No sólo existe la certeza de la existencia del ideal sexual; hay también las certezas “científicas”, ya se trate de una certeza relativa a un dogma científico (por ejemplo alguien que está absolutamente seguro de que “todo está en el cerebro”, que basta con saber leer el cerebro para conocer tanto el pasado como el futuro) o de una certeza que concierne a la ciencia como tal. Alguien así no sólo está seguro de que la ciencia puede decirle cuál es su deseo o cuáles son las razones de su mal, sino que incluso pone esta ciencia en los libros: lee todo. Pueden agregarse a ello las certezas que se refieren al narcisismo.

Por ejemplo, la certeza de que el (la) cónyuge le «perteneces», no por consentimiento, sino por una especie de derecho “evidente”. A veces encontramos sujetos cuyo discurso traiciona la certeza, no de que la providencia existe, sino que

si existiera, sería únicamente para encargarse de sus asuntos. Este tipo de certezas hace que ya mire dos veces en las demandas con las que me enfrento, antes de responder. Lo que por cierto no siempre nos ahorra las sorpresas. Por ejemplo, ustedes pueden, en el transcurso de un análisis, darse cuenta de que tienen que vérselas con un sujeto que tiene la certeza inquebrantable de lo siguiente: que ustedes quieren modelarlo a su imagen; dicho en otras palabras, es todo su narcisismo el que se proyecta en ustedes. Más vale ciertamente echar un vistazo en ese campo, en las entrevistas preliminares, que enfrentarlo cuando la empresa está muy adelantada.

Dos observaciones que vienen en la estela de lo que acabo de decir: la primera es que todo lo que aprendemos a partir de una experiencia analítica conducida cuidadosamente, se muestra “*après-coup*” como si formara parte de lo que “ya sabíamos”. Si se trata de certezas en las que se sostiene no ya el acto sino la creencia, y si la función de la creencia es asegurar este campo que puede situarse en el polo opuesto del campo freudiano, el campo identicatorio, cómo extrañarse de que el análisis se quiebre ante estas certezas, en la medida en que el análisis no es nada más que la mediación de un duelo o de lo que Lacan llamaría una “toma de des-ser”.

La otra observación es que, a lo que ha aprendido a estar atento a costa de la experiencia que acabo de evocar, resulta constituir un dato al cual todos los analistas entendidos, lacanianos o no lacanianos, estaban atentos. Ciertamente, los analistas no lacanianos tienen la preocupación de lo que se llama diagnóstico y pronóstico, pero no veo en ello nada reprochable; todo depende del espíritu con el cual lo hacen: un espíritu médico en el sentido tecnológico, o un espíritu simplemente abierto, es decir que no deja de censurar las impresiones que vienen del interlocutor. El señor Naouri acaba de darnos un ejemplo notable de ello. Lo que importa, sin embargo, es estar atento a la dimensión que acabo de subrayar. Y lo están. Naturalmente, no se expresan como nosotros los lacanianos. No hablan de la apertura o del cierre del inconsciente; no se preguntan, como lo dijo un colega, si “un olor de pase” pasa por las entrevistas preliminares o no, pero hablan, por ejemplo, de la tolerancia que el sujeto tiene o no frente a los “derivados del inconsciente”, es decir, lo que nosotros llamamos el significante.

Lo que a mi modo de ver hace el aporte de estas jornadas de la Convención, me parece residir, no tanto en poner de relieve esta dimensión, sino en lo siguiente: que se lo ha puesto de relieve con su razón Ψ